

TIFLIS

(Septiembre, 2008)

Llegamos a Tiflis un mes después de la intervención rusa en Osetia para asistir a una reunión internacional convocada un año antes que el sentido común recomendaba aplazar pero que los organizadores decidieron mantener como un gesto de apoyo al David georgiano frente al Goliat ruso. Seis días de guerra habían dejado varios cientos de muertos, miles de heridos, decenas de miles de desplazados, la secesión de hecho de Akhbasia y Osetia del Sur y un semillero de rencores y odios que tardará tiempo en cegarse, si es que lo hace.

Tanto la inicial provocación georgiana como la enérgica reacción rusa eran previsibles y, por tanto, evitables, pero no se evitaron. Rusia ya había advertido que nada volvería a ser igual tras el reconocimiento occidental a la independencia de Kosovo y el conflicto, en el que los tanques rusos aplastaron con facilidad al débil ejército georgiano, sirvió a los estrategas de la nueva guerra fría de uno y otro lado para consolidar argumentos y afinar posiciones. La administración Bush ofreció apoyo a Georgia, Sarkozy, presidente de turno de la UE, viajó a Tiflis y a Moscú, y los rusos prometieron retirarse a sus posiciones de partida. Por un

momento pareció que el conflicto iría decayendo y desaparecería de la cabecera de los informativos en pocas semanas. Pero tres días antes de partir, un policía georgiano fue tiroteado por soldados rusos y al día siguiente la recién nominada candidata a vicepresidenta de EEUU consideró posible declarar la guerra a Rusia si invadía Georgia y el asunto se calentó otra vez.

Nada de esto es realmente nuevo en una zona del mundo por la que griegos, romanos, persas, bizantinos, árabes, mogoles, turcos y rusos han guerreado desde que se tiene memoria y donde las poblaciones locales, salvo algunos momentos de efímero protagonismo, han servido de carne de cañón de las grandes potencias la mayor parte de las veces. Una historia que la desintegración de imperio soviético, las nuevas alianzas geoestratégicas y la codicia de las oligarquías locales, han hecho reaflojar.

Y sin embargo, Georgia y Tiflis (como fue conocida la ciudad en Europa tras la anexión por el imperio zarista) tienen también otra historia. Una historia de convivencia, cultura y progreso. Por ejemplo, Tiflis es una de las pocas capitales donde una sinagoga y una mezquita funcionan una al lado de la otra (en el barrio de Abanotubani) y a pocos metros de una iglesia cristiana (la de Metheki). De hecho, la demografía de Tiflis es muy diversa y

aunque el 80% de su millón largo de habitantes son georgianos de religión ortodoxa, en ella viven más de cien grupos étnicos diferentes. Hay significativas minorías rusas, armenias y azeríes pero también de osetios, abkhasios, ucranianos, griegos, judíos, estonios, alemanes y kurdos.

Georgia y Tiflis han conocido épocas de pujanza y esplendor. No solo durante la mitificada “edad de oro” de la cultura georgiana, entre los siglos XI y XII, bajo la reina Tamara, cuando Shota Rustaveli compuso “El Caballero en la piel de pantera”, considerado el “poema nacional”. También bajo los zares, y pese a los intentos de rusificación forzosa, la ciudad floreció. Se realizaron grandes obras públicas, Haussman diseñó avenidas, escritores y artistas la visitaron a menudo y la familia imperial estableció en ella su residencia caucásica. En noviembre de 1896 se inauguró el primer cine, solo cinco meses después de la primera proyección en España. En 1918 se creó la Universidad del Cáucaso, y tras la ocupación por el ejército rojo Tiflis fue capital de una efímera República Soviética Transcaucásica que englobaba Georgia, Armenia y Azerbayán.

“Me gustó Tiflis” dijo mi hija mientras cenábamos en casa la noche antes de partir. “Me gustaron las terrazas, las avenidas, el clima... también la comida, medio griega y medio turca. La gente

me pareció abierta, amable, mediterránea en gran medida”. Había estado en Tiflis un año antes, supervisando algunos proyectos financiados por Naciones Unidas en apoyo a poblaciones desplazadas y volvió impresionada. “Me pareció un país de personalidad muy marcada, el más potente de la zona”.

Salimos de Barajas hacia Amsterdam a las seis de la mañana y allí conectamos con un vuelo de las líneas aéreas georgianas que nos dejó en la nueva terminal del aeropuerto de Tiflis pasadas las cinco de la tarde. Entramos en la ciudad por la Avenida George Bush., llegamos hasta la plaza Ketevan Tsamebuli, cruzamos el río por el puente Baratashvili y subimos por la calle Pushketi hasta la plaza de la Libertad que durante casi setenta años se llamó plaza Lenin. Sobre la misma columna de estilo jónico donde se alzaba la estatua del fundador del estado soviético un San Jorge dorado lancea un dragón. Tomamos luego la Avenida Rustaveli y llegamos al antiguo hotel Majestic que hoy es el Marriott de Tbilisi. Su historia parece un compendio de la del país: inaugurado en 1915 y premiado en la exposición universal de París de 1916, se transformó en hospital de guerra en 1917, sirvió de sede al Comité Soviético del Trabajo en 1921, fue reabierto en 1939 como Hotel

Tbilisi y funcionó como cuartel general de la oposición durante la guerra civil de 1990.

De siete y ocho y media paseamos por la avenida Rustaveli, desde la plaza de la Libertad hasta las inmediaciones de la plaza de la Revolución (“de las rosas”) que acabó con la presidencia de Szvarnadze. Vemos altos castaños y cuidados arriates de flores; mostrencos edificios soviéticos y hermosas casas de tres plantas; la iglesia Kashueti, repleta de fieles; resplandecientes tiendas de marcas internacionales; construcciones paradas y en movimiento; Toyotas brillantes y Ladas desportillados; chicas y chicos vestidos a la última y ancianas encorvadas frente a pequeños tenderetes; policías y guardaespaldas; paseantes y mendigos. “Es duro llegar a viejo y tener que ganarse la vida así”, comenta Pepe, a la vista de una señora de pelo blanco y piel arrugada que vende cigarrillos sueltos y cucuruchos de chufas junto a un paso subterráneo. Con millones de familias empobrecidas por las durísimas condiciones de la transición al capitalismo, es un espectáculo común tanto en Rusia como en otras repúblicas ex soviéticas. La avenida está jalonada de decenas como ella. Mientras nos alejamos la anciana hunde la cabeza entre las manos y llora en silencio.

Mijail, el cónsul, y Nina, su mujer, nos recogen en el hotel a las ocho y media y nos llevan a un restaurante de la avenida Keteban Tsambuli cuya terraza da sobre el farallón que, entre los puentes de Metherki y Godargveli, forma la margen izquierda del río Kura. Una alta luna llena ilumina el cielo sobre las montañas, el río corre a nuestros pies y las vistas del centro de la ciudad y de los monumentos que coronan las colinas del lado opuesto (iluminados como en una feria) son excelentes. “Esto se parece a las casas colgantes de Cuenca” exclama Nina, entusiasmada.

Nina y Mijail (“Misha”) cuentan como vivieron los días de guerra. Su hijo mayor, que vive en Madrid, acababa de llegar a Tiflis con su novia. La madre de la chica se asustó tanto que al segundo día le exigió a Mijail que la sacara del país esa misma noche.

“Le expliqué que todo estaba muy tranquilo” dice Misha “que no creía que los rusos fueran a llegar hasta aquí, pero no hubo forma. Además la chica estaba muy nerviosa, es comprensible, con solo veinte años, sale de vacaciones a un país desconocido y se encuentra con una cosa así. De modo que los metí a todos en un coche cruzamos la frontera y nos fuimos a casa de un amigo en Erevan. Cuando llegamos la chica llamó a su madre, que seguía empeñada en que volviera a España enseguida, y le dijo que era una exagerada, que Tbilisi estaba en calma, que ella estaba ya en

otro país y que nada le iba a pasar. Pero las noticias eran preocupantes: que si los rusos habían entrado en Gori, que si habían destruido el aeropuerto de Tbilisi, que habían bombardeado Ploti. Así que los dejé a todos en Erevan y me volví. Pensé: si vienen los rusos habrá que luchar. Pero sobre todo pensé en mis padres, en mis hermanos, en mis amigos. La familia y los amigos son lo más importante para nosotros. Este es un país pequeño, poco más de cuatro millones, y en Tbilisi nos conocemos todos. Quien no es tu amigo es amigo de un amigo, a quien tu no conoces hay un conocido tuyo que lo conoce.

Cuando iba de vuelta, sonó el teléfono y era una periodista de Telecinco. Le habían dado mi número en la embajada española en Moscú. Le dijeron que ellos no conocían los detalles, que hablara conmigo. Le contesté que bueno y me volvieron a llamar a los diez minutos para una entrevista en directo. Yo seguía conduciendo, era de noche, estaba muy cansado, no sabía qué me iba a encontrar al llegar a casa, así que dije lo que me salió, me despaché a gusto, no fui muy diplomático, es cierto, pero, después de todo, yo no soy diplomático, solo cónsul honorario, y ni siquiera estoy nombrado oficialmente, vamos que les dije lo que pensaba de los rusos, de Putin, de la KGB, de la invasión. La periodista parecía muy satisfecha. También dije que al día siguiente me ocuparía de sacar

a los españoles que quisieran irse, que para eso no había problema. Cuando estaba llegando a Tbilisi me llamó mi hijo. Habían visto la entrevista. Me dijo que si llegaban los rusos, mejor me escondía porque no iban a estar muy amables conmigo. Pero ¿qué querían que dijera? ¿Qué habrían hecho ustedes en un caso así?”

Misha es alto, grande, más bien grueso. De joven fue jugador de baloncesto en el Dínamo de Tbilisi. Acaba de abrir un restaurante en un centro comercial de las afueras y es un enamorado del jazz. “No me pierdo el festival de S. Sebastian. Y siempre que puedo voy a Montreaux y a Vitoria”. También organiza conciertos de jazz en Tbilisi “He traído a los mejores. Norteamericanos y europeos. Los mejores. Y a mi mujer le gusta mucho el flamenco”.

Nina es una mujer decidida, energética. A veces, Misha recurre a ella para que le ayude con el español. Nina también se ocupa de que Misha no olvide llevarnos a los lugares que debemos conocer o contarnos algo importante: la leyenda sobre la fundación de Tbilisi o por qué Georgia es un país tan hermoso y fértil. Todo un personaje Nina. “Hace dos años trajimos a Joaquín Cortés” explica sonriendo “pero como era poco conocido, hicimos correr la voz de que había sido el novio de Naomi Campbell y fue un éxito Ahora quiero traer a Sara Baras”

Pepe pregunta si los georgianos se han sentido apoyados por otros países y Misha no duda: “Sí, sí; en menos de tres semanas han venido una docena de jefes de estado y de gobierno. Condolezza Rice también ha estado aquí”.

Pepe insiste: “¿También por la Unión Europea”.

Misha se reafirma: “También. Sarkozy ha negociado con Putin el acuerdo de retirada. Y tanto los Estados Unidos como la Unión Europea han dado créditos a los bancos georgianos y han evitado la fuga de capitales. Además en el mundo nadie, excepto Daniel Ortega, ha reconocido la independencia de Abjasia y Osetia”.

En ese momento le suena el móvil a Nina y tras una breve conversación explica que tiene que dejarnos: el hijo pequeño se ha lesionado jugando al fútbol y ha de ir a recogerlo.

De postre traen una gran fuente de frutas georgianas. Misha señala la fuente y dice: “Antes, Georgia era el principal suministrador de fruta a Rusia. Ahora, de repente, las frutas georgianas no cumplen las condiciones de calidad del mercado ruso”. Luego toma una botella de agua mineral y añade: “Durante decenios, esta fue la marca de agua mineral más vendida en la URSS. Georgia siempre fue famosa por sus aguas minerales. Ahora en Moscú no se encuentra una sola botella. ¿Sabéis por qué? Por esto” prosigue, mientras sujeta la botella con las dos manos

“Azerbaiyán tiene el petróleo, el gas, que están aquí dentro” Y, señalando el cuello de la botella, con la mano izquierda, añade: “Pero nosotros tenemos el oleoducto..., somos el cuello de la botella. Y sin este cuello el gas y el petróleo del Caspio no salen de la botella, no llegan a Europa”

El restaurante ha estado vacío todo el tiempo con la excepción de nosotros y de un grupo de unas doce o quince mujeres, de entre veinticinco y treinta y cinco años, vestidas de fiesta que, de cuando en cuando, salen a la pista y bailan entre ellas aires georgianos interpretados por media docena de músicos con vestimenta tradicional. “Ya veis” exclama Misha con tono de queja “es viernes por la noche y esto está vacío. Hace un mes estaba lleno. Pero ahora hay tristeza. Y, también, incertidumbre. Georgia ha crecido al 16-18% los últimos tres años, pero ahora la gente guarda su dinero por lo que pueda pasar”. Al salir Carmen y Maite charlan con algunas de las chicas en el lavabo de señoras. Les explican que son un grupo de amigas que quedan todos los viernes para cenar y bailar. Lo llevan haciendo desde que acabaron el instituto. “Y no íbamos a cambiar nuestra vieja costumbre solo por lo que ha pasado” argumentan. Unas están casadas, otras solteras y otras divorciadas; unas tienen hijos y otras no.

“¿Y venís solas, sin hombres?” pregunta Maite.

“Por supuesto” le responden con toda naturalidad.

Salimos. Misha nos lleva hasta el Sheraton Metekhi, donde el lunes empieza nuestra reunión, y de allí hasta la plaza Europa, el puente Methki y la calle Abkhazi. Caminamos una pequeña zona peatonal, un par de calles que bullen gracias a las terrazas de cafés y restaurantes. Es una noche tibia, casi cálida, y el ambiente es muy grato, se diría que festivo. Misha saluda a diestro siniestro, parece conocer a todo el mundo. Me pregunto qué otros negocios tendrá en una ciudad como ésta y en una situación así.

Conseguimos mesa y mientras tomamos nuestras bebidas, observamos el ir y venir de la gente, joven y no tan joven pero con los suficientes recursos como para gastarlos en copas con la que está cayendo. Misha vuelve a un tema que ya había apuntado durante la cena: a saber, que el grupo dirigente del Kremlin es un peligro para el mundo.

“En Rusia gobiernan la mafia y el antiguo KGB” afirma. “Putin admira a Stalin. En Gori sigue habiendo un monumento a Stalin. Cuando los rusos bombardearon Gori destruyeron lo que había alrededor pero el monumento no sufrió daño alguno” Y luego, con un discurso que habría sonrojado al halcón mas duro del Pentágono, añade: “Putin y su grupo quieren rehacer el poderío de la antigua Unión Soviética. Mientras fueron pobres estuvieron

moderados. Con el petróleo a 150 dólares han decidido sacar pecho. Veremos lo que va a pasar en Ucrania. Estoy muy preocupado por lo que pueda pasar allí, con tanta población de origen ruso. La única solución es darles de su misma medicina, romper la Federación Rusa, que los pueblos no rusos que hay dentro y quieren separarse lo hagan”. Y como, sea por cortesía o por efecto de la sorpresa, ninguno replicamos, prosigue: “Este grupo está detrás de Corea del Norte y de Al Qaeda. Reagan lo vio muy claro, y con cinco años de presión y una sola frase, ¿cómo era? El... El..., ah sí, el Imperio del Mal, acabó con la URSS. Habría que hacer algo parecido”

En este punto ya no me aguanto y le digo que es fácil comprender como se siente, que probablemente yo me sentiría igual, y que mi opinión sobre Putin y su grupo no es mejor que la suya, pero que los hechos son los hechos: el principal apoyo de Corea del Norte siempre ha sido China, y es de dominio público que la mayor parte del dinero de Al Qaeda viene de los wahabitas saudíes. Para no liarla, prefiero no opinar sobre las consecuencias de cualquier intento de romper desde fuera la Federación Rusa. Luego, para suavizar las cosas, le pido consejo para recorrer la ciudad al día siguiente. Mi cuota de nacionalismo anti-ruso estaba cubierta hacía rato.

El domingo, iniciamos nuestra excursión a las diez y media allí donde la calle Abkhanazi desemboca en la plaza de la Libertad, junto al edificio de tres plantas y fachada a franjas cremas y verdes del Ayuntamiento.

La calle que discurre por el lateral derecho del Ayuntamiento tiene una doble hilera de plátanos frondosos y hermosos edificios en razonable estado el cual empeora a medida que avanzamos. Llegamos hasta Asiatiani, giramos a la derecha y subimos calle arriba convencidos, merced a una de esas confusiones tan frecuentes cuando un mapa se interpreta entre cuatro, que siguiendo las señales del Jardín Botánico llegaremos al fuerte de Narikala. Lo habíamos visto iluminado frente a nosotros la noche anterior y Misha nos aseguró que desde lo alto se obtenía una buena perspectiva de la ciudad desde la margen derecha del río. Es un error afortunado que nos hace recorrer por dos veces la arteria principal del barrio de Sololaki, donde se concentran gran número de palacetes y grandes casas burguesas del Tiflis de finales del siglo XIX y comienzos del XX, en general arruinadas, con sus columnas y ménsulas, sus portalones de madera labrada, sus

largas verendas exteriores y sus amplios voladizos con barandillas de hierro forjado.

Tras quince minutos de subida la calle se estrecha, la pendiente se hace más pronunciada y la calzada recupera el empedrado original. Al final, desembocamos en otra calle más ancha a cuya izquierda, entre matorrales agostados y abetos polvorientos, sale una escalera de peldaños de obra a la que sigue una de madera que trepa colina arriba. Nos cuesta casi media hora de penosa ascensión comprender que no vamos hacia donde queremos ir sino justamente en sentido contrario, hacia la colina de Mtatasminda, sobre la que se asienta la torre de la televisión georgiana. Es nuestro segundo error en poco más de una hora y tampoco lo lamentamos pues mientras deshacemos el camino procurando no pisar un peldaño suelto y rodar escaleras abajo, disfrutamos una perspectiva insuperable del estrecho valle en que se asentó la ciudad y de las colinas que lo circundan.

Bajamos por Asatiani a paso lento, sintiendo el tiempo pasar y lanzando miradas furtivas hacia los grandes portalones abiertos que dejan ver amplios patios interiores. Se divisan coches viejos, maleza, cobertizos de tablas, hierros oxidados, triciclos rotos, parras descuidadas y cuerdas con ropa tendida. Hay una vida ahí dentro, que nos gustaría conocer más de cerca pero de la que atisbamos

tan solo fragmentos: el gesto breve y contrariado de un ama de casa al toparse con una vecina, la sonrisa de la veinteañera al abrazar a su novio, la espalda anónima inclinada sobre algo que solo su dueño es capaz de ver. A través de ventanas bajas y cristales polvorientos, fisgamos un cuarto de estar, un comedor y una biblioteca, libros, lámparas, tapetes y porcelanas para los que el tiempo se ha detenido, y nos retiramos enseguida con una difusa sensación de culpa por haber invadido un pasado varias veces prorrogado cuyo recambio, si es que existe, nadie sabe cuándo y cómo llegará.

Continuamos por Tumanian y entramos en la sinagoga: está a oscuras pero alguien enciende la luz para nosotros y nos impresionan la limpieza y el orden. Todo está en su sitio, todo parece nuevo, todo reluce. Llegamos hasta la plaza Gorgasali buscando un taxi que nos suba hasta la fortaleza pero el único taxista que se detiene nos explica (por señas) que la pendiente es excesiva y el piso no está en buen estado.

Nos asomamos a la iglesia Subgevork, rebosante de fieles. Un pope de larga casulla malva predica en ese momento. Un matarife desuella un cordero colgado de un gancho en una esquina del patio. Grupos de hombres miran el suelo y fuman bajo un algarrobo. Me asalta la duda de si la gran afluencia y la atención

con que la gente sigue los oficios son los habituales o producto de la situación que se vive. Salimos e iniciamos la subida. Un grupo de muchachas con trajes de domingo y zapatos con tacón de aguja la inician también, riendo y charlando, delante de nosotros. “No debe ser tan difícil cuando éstas suben vestidas de ese modo” dice Maite.

Una vez arriba contemplamos “las casas colgantes”, el restaurante donde cenamos la noche anterior, el hotel Sheraton, las verdosas aguas del río. Algo más a la izquierda destacan la cúpula en obras del palacio presidencial y, detrás y más arriba, la cúpula, en este caso cilíndrica, de la catedral de Sameba. Al otro lado, al pie de la colina, están los baños de Ortachala y el minarete de la mezquita. Carmen recuerda lo que contó Misha: a saber, que la existencia de manantiales de aguas sulfurosas fue la causa de la fundación de la ciudad y una de las claves de su inicial desarrollo.

Entramos en la iglesia y, al salir, un modesto taller donde un joven se afana ante un pequeño yunque de platero. Vamos luego hasta un baluarte semi-derruido para echarle un vistazo a la parte trasera de la fortaleza. Frente a nosotros se alza una cadena montañosa, separada de la colina del fuerte por una honda quebrada por la que circula un riachuelo. La cadena de montañas marca el límite de la ciudad por ese lado y sus extremos se pierden en la lejanía. Por entre la seca vegetación y los abetos que salpican

la ladera discurre una carretera. Un coche baja en ese momento por ella. Es un coche antiguo, un sedán de tres cuerpos y cuatro puertas, de finales de los cincuenta o principios de los sesenta. Limpio, bien conservado, se mueve con parsimonia. Es un coche europeo, probablemente alemán o inglés. Y no es un coche de coleccionista, recuperado y puesto a punto a base de horas de taller y de una inacabable búsqueda de piezas originales rematada golpe de talonario; se trata de un modesto coche antiguo mantenido con cariño día a día, prestador eficiente y discreto del servicio para el que fue fabricado. No sé por qué (tal vez como reacción a tanto Lada ruinoso y a tanto reluciente 4x4 japonés y americano) se me ocurre que tal vez aquél coche, seguramente importado durante el deshielo jrushoviano, habría simbolizado en su día la búsqueda de un camino intermedio, de una evolución social y política del país menos traumática, más equilibrada y armónica. De mi ensoñación me saca el rudo sonido de las aspas de un helicóptero que despega de unas torres redondas cercanas al Jardín Botánico, permanece un segundo suspendido en el aire y se pierde a continuación valle arriba.

Descendemos la colina, nos asomamos a un par de casas de baños. Nos disuaden la alta temperatura y el acre olor de las cabinas. Regresamos por Abano hasta Gorgasali y seguimos luego

por Abkhazi. Vemos una iglesia rodeada por un patio ajardinado del que entra y sale gente. Cruzamos el patio y llegamos a una entrada lateral donde hay grupos de gente con expresión sombría y un pope grueso y barbudo que se mueve entre ellos. Del interior de la iglesia brota una salmodia triste y bellísima. Me abro paso entre los fieles y al llegar al crucero me doy de bruces con un ataúd abierto en cuyo interior hay un hombre vestido de negro sobre un fondo de raso blanco. De pronto comprendo que estoy en un velatorio y retrocedo un tanto cortado. Bordeamos la iglesia caminando sobre las losas del patio y en el lado opuesto observamos varias docenas de personas sentadas bajo un emparrado. Visten como para una boda y con expresión de duelo. Muchas tienen los ojos rojos y algunas lloran.

“El difunto debía ser muy querido” murmura Carmen.

Seguimos calle arriba hasta la misma esquina junto al Ayuntamiento donde tres horas antes habíamos comenzado el paseo, bajamos por la calle Pushkhi, pasamos frente los restos de la muralla medieval y las casas de madera ancladas en ella y, girando a la derecha, tomamos una calle que, cortando el barrio de Kala en sentido paralelo al río, nos devuelve a la zona de restaurantes y terrazas donde cenamos la noche anterior. Ahora

están casi desiertas. Son más de las dos y tenemos hambre así que escogemos una mesa al azar y nos sentamos.

Un pianista interpreta melodías locales ante un piano lacado en blanco y con la tapa roja. En una mesa contigua dos chicas robustas y un muchacho más bien lánguido beben cerveza y charlan sin prisa. Pedimos un menú ligero en previsión de lo que nuestros anfitriones puedan haber preparado para la recepción de esta noche y conversamos sobre lo que hemos visto. Las palabras más repetidas son: “sorpresa”, “agradable”, “más europea de lo que pensaba”, “acogedora”, “arruinada”, “pobre gente” y “queda mucho por hacer”. Mientras comemos observamos con detalle las evoluciones de los camareros, del dueño del local, del vigilante de seguridad, de la cocinera, de una mujer madura, con aire deportivo, que va a sentarse a la mesa del dueño. Todo sucede muy despacio, casi a cámara lenta y tanto la agitación de anoche como la placidez de ahora se me antojan exageradas, irreales; ni una ni otra parecen corresponder con la situación que se vive. Pero ¿cuál es el ritmo adecuado para una situación así?

Por la tarde, la recepción del gobierno georgiano se celebra en el Caravansarai Museum, un edificio cuadrado de dos plantas y sótano situado a espaldas del Museo Nacional. Hacemos la fila,

saludamos a los anfitriones y recorreremos las salas de la primera planta. Las recorreremos sin guía y en sentido inverso, es decir, comenzando por una selección de mobiliario, joyas y objetos de la vida cotidiana de finales del XIX y comienzos de XX y terminando las del el periodo anterior a la fundación de la ciudad. Me llaman la atención una serie de habitaciones donde se han reconstruido cocinas, comedores, dormitorios, posadas, panaderías y talleres: exhibiciones decaídas y llenas de polvo que sugieren falta de interés y no excesivo aprecio por el pasado que tratan de recrear. Más interesantes resultan las salas del fondo donde hay maquetas, fotos y paneles sobre la pujante vida comercial, financiera e industrial de la ciudad durante la segunda mitad del siglo XIX. En el ala izquierda se exhiben los planos y dibujos que de Tbilisi hicieron los numerosos estudiosos y viajeros europeos que la visitaron desde finales del siglo XVII hasta la invención de la fotografía. Lástima que los cartelitos estén escritos solo en georgiano y, en unos pocos casos, también en ruso.

Una campanilla llama insistentemente al orden. Desde la veranda del primer piso se pronuncian discursos. Los anfitriones nos agradecen el haber venido y nos animan a disfrutar de una velada de confraternización, buena comida y buena música. Aplaudimos. Un cuarteto de cuerda comienza tocar. Conversamos

con colegas que hemos visto hace pocas semanas a que no vemos hace tiempo. Entramos y salimos de negociaciones más o menos pertinentes. Conseguimos que ningún camarero nos tire la bandeja encima. Y al cabo de una hora, hartos de canapés y agotadas las charlas, nos vamos a una iglesia cercana. El interior está repleto de iconos, imágenes de la Virgen y cuadros piadosos de dudoso gusto. Los techos, muy altos, la escasa iluminación eléctrica y unos cuantos candelabros con cirios pequeños y delgados, producen un efecto inquietante, de sombras móviles y reforzadas, más tétricas si cabe que la pura penumbra. Huele humedad y a cera derretida. Tengo la impresión de encontrarme en una catacumba o un pequeño y viejo palacio de las postrimerías del Imperio Romano.

Subimos de nuevo a la Avenida Rustaveli. Las aceras, poco iluminadas en esa zona, están llenas de gente sentada en los bancos o sobre los poyetes de los jardines. Casi todos callados, viendo pasar, sin hacer nada. Pienso: “Una cálida y tranquila noche de sábado en una remota capital de provincias”. Junto a la estación del metro, un hombre de unos treinta y cinco años está tumbado en el suelo sobre un cartón. Acostado sobre un lado, con la cara vuelta hacia la calzada, no sé distinguir si duerme o está despierto, pero no se mueve. Frente a él, sobre un pañuelo, hay unas monedas y, en equilibrio muy precario, tres pequeños cirios encendidos como

los que acabábamos de ver en la iglesia. El tráfico, intenso y no muy ruidoso, se ve salpicado por las luces intermitentes, rojas y azules, de los coches de policía. Frente al edificio del Parlamento una niña sucia y mal vestida me pide limosna. Le digo que no. Ella se tira al suelo, me agarra una pierna, toca el empeine de mi zapato con una mano y, elevando el tono de la súplica, se santigua con esa mano una y otra vez. Me ablando y le doy unas monedas. Al cabo de unos pocos pasos y otra niña, algo más pequeña, que ha observado la escena se arroja sobre mí y repite la operación. Esta vez me cuesta un buen rato librarme de ella.

Pasamos frente a nuestro hotel, frente al teatro principal (donde hay banderas de Georgia, de Tbilisi, la UE y de la OSCE) y frente al palacio de la Ópera de cuya fachada cuelgan unos grandes cartelones de color vino de Burdeos con el calendario de la temporada en pequeñas letras negras. Ante el edificio de la Academia de Ciencias vendedores ambulantes ofrecen sus mercancías: cuadros de mala calidad, tallas de madera, baratijas, imágenes religiosas, collares, llaveros, libros, bolsitos, CDs, etc. Alguna gente se acerca, unos pocos se inclinan y tocan algo. Casi nadie compra. Regresamos por el mismo camino. Un coche de la policía local con las puertas abiertas y cuatro agentes dentro está parado ante un cajero automático donde una pareja de turistas

jóvenes intenta sacar dinero. Unos pasos más allá, un muchacho de quince o dieciséis años toca la flauta. Cruzamos por un paso subterráneo y llegamos a la puerta giratoria del hotel al mismo tiempo que un militar francés y otro alemán en uniforme de paseo.

En el vestíbulo tomo un ejemplar del Georgia Today. El titular de la primera plana reza: *“New agreement, new dissension. Russia says no for EU monitor in Abkhazia and South Ossetia”*. Ya en la habitación lo abro y en la tercera página leo que el 3 de septiembre la policía arrestó a Tostne Gamsajurdia, uno de los hijos del primer presidente de la Georgia independiente, acusándole de espiar a favor de Rusia y conspirar contra el gobierno. Gamsajurdia negó las acusaciones y Eka Beselia, uno de los líderes de la oposición unida, declaró que el gobierno pronto comenzará la caza de enemigos interiores y usará cualquier lazo real o supuesto entre los partidos de la oposición y Rusia como una treta para escapar de la crisis.

Cuando estoy a punto de dormirme recuerdo algo que Missa dijo de pasada durante la cena: ese mismo día Putin había declarado que los rusos no son enemigos del pueblo georgiano, que su único enemigo es Mikheil Saakashvili, actual presidente de Georgia.

A la mañana siguiente Pepe y yo, aprovechamos la pausa del café - y una posterior sesión dedicada a cuestiones procedimiento - y vamos en taxi hasta Mtskheta. Pequeña fuga de diez y media a dos, viaje dentro del viaje.

A unos veinte kilómetros al noroeste de Tbilisi, en la confluencia de los ríos Aragavi y Kura, Mtskheta fue capital del reino georgiano de Iberia durante casi ochocientos años. Aquí el cristianismo fue proclamado religión del estado. De su pasado esplendor dan fe la catedral de Svetitskhoveli, sede del patriarca de la iglesia georgiana, el convento de Samtavero, el monasterio de Jvari y otros veinte lugares de interés, algunos de épocas prehistórica y romana.

Mtskheta es hoy una pequeña ciudad de casitas de una sola planta con jardín y una población que no llega a ocho mil habitantes. En los jardines hay frutales, parras rebosantes de uvas, higueras con higos, ciruelos, membrillos y, para sorpresa de Pepe que es granadino, granados en sazón, cargados de fruto. Muchas casas tienen pequeños huertos y gallinas y, posiblemente, también conejos. Las cercas de las parcelas son todas iguales, con vallas de piedra hasta media altura y, por sobre ellas, los mismos soportes metálicos y los mismos listones de madera clara. Una muestra de la voluntad municipal de preservación de un entorno rural

característico, una especie de autosostenida Arcadia feliz, cuna de la patria en el imaginario georgiano.

En el centro de la ciudad hay pocos edificios públicos (el Ayuntamiento, la sede del gobierno regional, un colegio, una farmacia) todos de uno o dos pisos, todos recién pintados y alineados a lo largo de la misma avenida. Frente al Ayuntamiento una mujer le grita a un hombre mientras agita un papel ante su cara. El hombre se encoge de hombros y pone cara de circunstancias. “Seguramente él no ha hecho lo que ella esperaba y ahora el Ayuntamiento les cobra o apremia” comenta Pepe. Al comienzo de la avenida hay una fuente y junto a ella, en un pequeño palacete de dos plantas, está el Museo Arqueológico. Un cartel clavado en la puerta advierte, en georgiano e inglés, que por el momento permanece cerrado. A la izquierda, entre los altos abetos, un gran pabellón acristalado sufre los rigores del abandono y tiene parte de los cristales rotos. Una pena porque es un edificio de los setenta, de estilo soviético, pero proporcionado y armónico, con un alto frontón decorado con sobrerrelieves en color de cierto mérito.

Para comprender Mtskheta y, por extensión, el “alma georgiana”, no basta con visitar la catedral-fortaleza de Svetitskhoveli, el convento de Samtavero o el monasterio de Sedasen: hay, como insiste por señas nuestro taxista, que subir a

Jvari. Situado al borde de un elevado contrafuerte montañoso el viento lo azota con fuerza y el sobrevuelo de las rapaces adquiere aquí una dimensión simbólica. No menos que los campamentos militares que bordeamos al subir con sus blindados camuflados, sus camiones cisterna y sus soldados fumando. En días claros el aire es transparente y, vista desde arriba, la ciudad muestra su trazado en V que por alguna razón me recuerda al de Harper's Ferry, en West Virginia. Como allí, las cúpulas de las iglesias son lo único que destaca sobre los tejados de las casas y las copas de los árboles. A la derecha la mirada recorre el valle del Kura cerrado al fondo por altas cumbres cubiertas de nieve de noviembre a mayo; un paisaje y un modo de vida en las antípodas del que hemos visto en los arrabales de Tbilisi: tristes bloques de ladrillo con las vigas al aire, viviendas precarias edificadas a toda prisa para emigrantes recién llegados, fábricas en ruinas. Resulta irónico que iglesias y conventos construidos hace ochocientos años hayan sido restaurados – en muchos casos gracias a la ayuda de la UNESCO y de la UE – y ofrezcan un aspecto nuevo y funcional, y las verdaderas ruinas – ese “no lugar” del que hablan algunos artistas jóvenes atraídos, como los antiguos románticos, por su extraño encanto – provengan de lo que hasta hace solo treinta años era el paradigma del avance y el progreso.

A la izquierda, la autopista que cruza el país de este a oeste se adentra en un valle verde y amplio. Gori está a poco más de cincuenta kilómetros en esa dirección y un poco más allá, a otros diez o doce, comienza la “zona tampón” que ahora ocupan las tropas rusas y que en octubre deberán controlar los observadores occidentales. Diez o quince kilómetros más en dirección norte y estaríamos en Osetia del Sur cuya capital, Tsingvali, dista unos treinta kilómetros de Gori. Lo vimos en los Balcanes y lo vemos de nuevo en el Cáucaso: fronteras artificiales, territorios y gentes indistinguibles entre sí pero separadas por un profundo foso de recelos, venganzas y odios.

La hospitalidad georgiana alcanza su expresión más alta en torno a la mesa. Misha nos lo había advertido: “Una buena cena no depende solo de la comida sino, sobre todo, del jefe de mesa. Él es quien decide cuándo y por quién brindar, quien debe contar sucesos y anécdotas. En una celebración que se precie no puede haber menos de seis o siete brindis. Todavía hoy, hay personas que son buscadas y se alquilan para hacer de jefes de mesa”.

En la cena ofrecida por los anfitriones, el Ministro actúa de jefe de mesa y realiza una decena de brindis. Se sirven excelentes

vinos y abrumadoras cantidades de comida. Maite lo compara con la estudiada frugalidad de festejos similares en el occidente de Europa. Y se toca música, mucha música. Animada, estridente, de aires más adecuados para los bailes colectivos de largas fiestas campestres que para un salón cerrado y una cena de tres horas. A medida que la cena avanza y los brindis se multiplican, el ambiente se torna más irreal, los anfitriones cantan, bailan, se empeñan en transmitir una alegría forzada, casi histriónica que, una vez más, tengo la sensación de que no corresponde. Más adecuado me resulta el aspecto serio y el gesto de circunstancias con que el organillero contratado por el restaurante para despedir la fiesta hace sonar su instrumento mientras vamos a los autobuses.

La sesión del martes resulta cargada. Hay que escuchar el informe general, intervenir sobre él, atender el esperado discurso del Presidente de la República, decidir algunas cuestiones de procedimiento y votar varias veces.

De cabello negro brillante, alto, con buen dominio de la puesta en escena, Mikheil Saakashvili llega puntual, saluda en excelente inglés y advierte que a partir de ahí pronunciará su discurso para los medios locales apiñados en la sala y, por tanto, en georgiano. Comienza asegurando que su gobierno presta gran atención a los

temas que nos ocupan, elogia el trabajo social de su esposa - que forma parte de la delegación de su país - y manifiesta la disposición de su gobierno a seguir cooperando con el resto de los países en el logro de mayores cuotas de bienestar y progreso. También se muestra orgulloso del cambio operado en Georgia tan poco tiempo: de pobre y fallido estado post-soviético donde reinaban la corrupción y el crimen, a país en desarrollo, abierto al mundo y amante de la legalidad internacional. Un discurso breve, medido, muy diplomático, construido para realzar lo que no se menciona (el conflicto con Rusia). Pero no hay delegación rusa para escucharlo. Ayer, nada más comenzar, el secretariado comunicó su ausencia. Y acto seguido, se propuso una resolución (que fue aprobada sin objeción alguna) para dejar en suspenso una regla de procedimiento interno por la que se considera requisito indispensable la presencia de los candidatos a cualquier puesto para poder ser elegidos. Rusia había presentado su candidatura a un puesto en un importante comité.

Terminamos con el tiempo justo para que los autobuses nos lleven al teatro de la Ópera donde hay programada un espectáculo de música y danzas georgianas. Construido en tiempo de los zares, a la vista del estado del patio de butacas parece que el teatro no haya sufrido remodelación alguna desde entonces. La coreografía

es sencilla y, a juzgar por las reacciones del público, en su mayoría georgiano, efectiva: danzas de raíz cosaca y otras de origen montaños; hombres con espadas y escudos, vestidos para la guerra, y frágiles y pálidas mujeres, cubiertas con gasas y tules; grandes saltos y entrechocar de espadas, y pasitos cortos y gestos cuidados. Todo un programa político y de género. Como la mención del Presidente en su discurso sobre que él debía ocuparse de los niños el día de la semana que su esposa dedica a las obras sociales.

Concluido el espectáculo, nos trasladamos al Teatro Nacional que dista solo unos cien metros, donde se nos ofrece una cena fría. Luego regresamos al hotel, hacemos el equipaje y salimos hacia el aeropuerto a las dos de la madrugada. Mientras cruzamos a calles y plazas vacías trato de retener espacios e imágenes que posiblemente no volveré a ver. Maite comenta que llevamos solo cuatro días en Tiflis y parecen cuatro meses. “El tiempo se expande si se llena de vida” pienso. El nuestro se ha expandido mucho. Pero ¿cómo será el tiempo de los que dejamos atrás? El tiempo de Misha y de Nina; el de las viejecitas de los puestos de la calle, de los niños del colegio de Mtskheta, de los habitantes de los barrios obreros de Tbilisi, de la señora que nos vendió las botellitas de agua en Asiatiani, del conductor que nos lleva al aeropuerto, del

organillero del restaurante... Quiero creer que estará también lleno de vida. Los georgianos aman la vida, les gusta y saben disfrutarla. Vidas con su propio tiempo, distinto al nuestro, y a las que apenas hemos logrado asomarnos.

La mayor parte de los vuelos a Europa occidental sale de madrugada y el aeropuerto bulle cuando llegamos. Delante de nosotros una pareja joven se demora en el control de pasaportes. Además de varias maletas, él lleva un niño pequeño en brazos y ella otro, aún más pequeño, en una cuna de mano. Cuando por fin pasan, la funcionaria de inmigración sale de su cabina con el claro propósito de asegurarse que no hay otro niño oculto en el equipaje.

Pasamos el control de pasaportes, vamos a la sala de clase ejecutiva, pasamos los controles de seguridad, subimos al avión. Cuando despegamos y tengo la sensación de dejar atrás un mundo a la vez lejano y próximo. Tiflis, Georgia, el Caucaso: la ruta del oro, de la seda, del petróleo... Geografía e historia, realidad y leyenda. Unos cuantos millones de seres humanos sobre una triple frontera: entre el norte y el sur, el este y el oeste, el mundo cristiano y el musulmán. Un pedazo de humanidad sacudido por fuerzas que ni controla ni podrá controlar, forzado a vivir un drama cien veces repetido y para el que, pese a sus denodados esfuerzos por

aparentar lo contrario, la situación es siempre precaria y el tiempo inestable.

Alberto Infante

Septiembre de 2008